

JUSTICIA

LUNES 28 DE MARZO 1921

ARTICULO: SOBRE LAS 21 CONDICIONES (1)

Vuelve a verse nuestro partido ante la obligación de pronunciarse en el debate internacional referente a las relaciones de los partidos socialistas entre si y con las organizaciones mundiales que los agrupan.

El mismo problema discutido en el congreso de Setiembre del año anterior reaparece en nuestras deliberaciones, aunque en condiciones algo distintas. Entonces se trataba de adherirse o no a la III Internacional (la separación de la II, producida de hecho, no fue ni siquiera discutido) sin saberse a ciencia cierta qué exigencias se nos impondrían para admitirnos, si bien se conocían los lineamientos generales de la táctica ordenada por esa Internacional y los principios cardinales a que sería necesario referir y aún ceñir la propia acción. Y precisando mejor en realidad al último, solo se trataba de adherirse inmediatamente e incondicionalmente, o de gestionar la adhesión mediante tratativas conducentes a obtener para nuestro partido una definición del alcance de la adhesión que fuese compatible en que nos toca actuar, y respetase los puntos de vista tácticos que no considerábamos convenientes ni posible proscribir. No habían llegado todavía a nuestro conocimiento de los 21 puntos.

La masa del partido ansiaba la adhesión a la Internacional de Moscú y no veía ni sospechaba inconveniente alguno en la inmediata realización de un acto verdaderamente histórico que debía constreñirnos a modificar nuestras habituales normas de acción y hasta la orientación de nuestra mentalidad...

UN POCO DE HISTORIA

Conviene advertir que cuando comenzó a agitarse en el seno de nuestras agrupaciones el problema de las relaciones internacionales, algunos de los que luego fueron decididos paladines de la adhesión a la nueva internacional, no atribuían mayor importancia al asunto. Pocas semanas antes del congreso, alguien que allí hablo de la necesidad imperiosa de decidirse rápidamente “porque los proletarios no podían esperar” (Sic)- me declaraba que él no veía la causa por la cual habría de proporcionarse tanta magnitud a esa cuestión, Cualquier solución del problema dados los términos en que se hallaba ya colocada el partido y que excluía la posibilidad de reanudar las relaciones de hecho interrumpidas con la 2.a podía ser aceptada sin resistencias intimas. Eso revelaba no haber caído aún en la cuenta de todo lo que inmediato e incondicional por Moscú.

Eso exteriorizaba así mismo una disposición de ánimos favorables, o por lo menos, no rehacía a una prudente actitud de espera. Sin embargo, las vacilantes conciliaciones de esos compañeros que ocho días antes del congreso discutían con Panelón y Morelli (véase la correspondencia enviada por éste a Buenos Aires y transcripta en el numero 314 de Justicia), sobre la conveniencia de definir, de acuerdo con las especiales circunstancias propias de nuestro partido en relación a las condiciones históricas del medio, el alcance de la adhesión se trocaron, al llegar el debate decisivo, en actitud de una absoluta intransigencia “impacientista”...

Eso respondió al estado de ánimo predominantemente en los centros, como reflejo natural del entusiasmo de las masas obreras por la revolución rusa, por los hombres que la llevan a cabo y por los procedimientos expeditivos que preconizan.

NUESTRA TESIS

Frente al impacientísimo de los más, algunos sostuvimos la tesis de que debía marcharse sin precipitaciones. Se nos denominó “los reconstructores”, para distinguirnos de los “terceristas” incondicionales. Yo había declarado, en conferencia y artículos, que nuestro joven partido debía propiciar el acercamiento de todas las fuerzas socialistas verdaderamente revolucionarias, sumándose a las corrientes de unificación en vez de plegarse a los propósitos de divisionismo exclusivista. Una fórmula de reconstrucción vigorosa que garantice la unión genuinamente revolucionarias, debía hallarnos pronto a prestarle nuestro débil ayuda. Pero ¿cómo concebíamos esa reconstrucción?

Al hablar de fuerzas genuinamente revolucionarias creíamos precisar suficientemente la significación de nuestro “reconstruccionismo”.

No admitíamos la unión con los partidos de la II Internacional, colocada por sus consecuencias con los viejos errores, su apego a una interpretación inerte de la persistencia en la táctica claudicante del colaboracionismo de clases y de la participación en el gobierno burgués, sus prejuicios racionalistas y su miopía frente a los acontecimientos actuales, al margen de la acción socialista de verdad. Y preconizábamos en cambio, la unión de los partidos de la III, es decir, la unión de la misma III Internacional, con los partidos que habiendo salido de la II no habían podido, sin embargo, incorporarse a la de Moscú por causa de las exigencias a que se le quería someter para admitirlos. Esa reconstrucción tomaba, pues, como la base Internacional comunista, de modo de unificación se operase en torno de ella, tal como por otra parte lo intentaron casi todos los partidos que luego se congregaron en Viena para construir una IV Internacional...

Era el nuestro un “reconstruccionismo” de izquierda. No todavía tanto a formar el nuevo núcleo de las organizaciones revolucionarias, como a conseguir de la III Internacional una ampliación de sus bases que permitiese la entrada de esas fuerzas obligadas a permanecer por fuera de la órbita si no querían sacrificar orientaciones prácticas o métodos de lucha que juzgaban imprescindibles y no eran incompatibles con la suerte de la revolución. Si las fuerzas de Francia, de Italia, de Inglaterra, de Estados Unidos, velando por su unidad, se hubiesen resistido totalmente a plegarse indudable que la Internacional Comunista se hubiese visto obligada a ceder en su rígida intransigencia, haciendo concesiones adecuadas a las especiales circunstancias propias de cada organización y cada país. El hecho de que en las citadas naciones, haya habido fracciones grandes o pequeñas, que aceptaran incondicionalmente las exigencias de la III Internacional sin temer buscándola, nos ha colocado frente al espectáculo actual: el de ese fraccionamiento innumerable de las fuerzas de la revolución. Se pretende que las concesiones que nos han querido incorporarse, hubieran desviado a esas fuerzas del recto camino revolucionario, y que en definitiva, las actuales divisiones eran forzosas y saludables si se quería poner a las masas en el terreno de la acción eficaz, sustrayéndolas a la influencia de esos partidos que no aceptan decididamente las obligaciones inherentes a un firme propósito de hacer cuánto antes el esfuerzo definitivo y en la forma ineludible. Ese es el razonamiento ha perdido casi todo su valor frente a la enseñanza intergiversable de los hechos...

LA LECCION DE LOS HECHOS

La Internacional de Moscú bajo el decisivo ascendiente de los bolseviquis, dictó leyes y normas de conducta inspiradas en el ferviente anhelo de apresurar en todas partes el estallido de la revolución. Los comunistas rusos creyeron que universalizando sus procedimientos, sus métodos de lucha, y dando los partidos una organización de guerra con una férrea centralización provocarían un gran incendio que juzgaban indispensable para garantizar urgentemente la estabilidad de su obra en Rusia y proporcionar, lo más pronto posible, a la revolución rusa, la trascendencia de hecho a que indudablemente está destinada.

Pero la revolución no podía estallar...

Solo había en Europa dos países donde, por las condiciones económicas y sociales y la potencialidad de las masas revolucionarias, parecía cercana la hora de la colosal explosión: Alemania e Italia. En el primero, a raíz de la muerte de Liebknecht y Rosa Luxemburg, la revolución sufrió un aplazamiento.

Casi dos años después, al celebrarse el congreso de Halle en el que se dividió el Partido Socialista Independiente, pasando a la izquierda a engrosar el Partido Comunista, se esperaba que el pronunciamiento de la mayoría de ese partido por la incorporación de la Internacional de Moscú con la aceptación de las 21 condiciones, decidiría el advenimiento de ese gran conmoción revolucionaria, pues esa mayoría parecía contraer el compromiso de arrastrar a las masas a la acción inmediata, en Alemania estaba madura para esa y de que allí una revolución el estilo ruso debía dar buen resultado.

Pasaron los meses, y lo que sobrevino fue la ocupación de gran parte del territorio alemán por los ejércitos de Francia, Inglaterra, y Bélgica, países donde la burguesía es aún muy fuerte y dispone de medios formidables para quebrar los movimientos revolucionarios, que nadie, por otra parte se atreve a intentar. Verdad es que en estos instantes llegan informaciones telegráficas de revueltas comunistas en Hamburgo y regiones del centro de Alemania; pero, aparte de la desconfianza con que deben aceptarse las noticias en lo relativo a la magnitud de esos movimientos- pues el gobierno alemán tiene interés en impresionar a los aliados con rumores de alzamientos revolucionarios- parece se trate de motines aislados, esporádicos, y no del gran golpe de estado capaz de dar a los comunistas el poder.

En Italia, hubo también un instante en que se creyó de la ola revolucionaria: cuando la ocupación de las usinas por los obreros metalúrgicos y la invasión de grandes propiedades territoriales por los campesinos. Pero la revolución no fue posible. Hasta los mas extremistas comprendieron que era insensato lanzar al proletariado italiano a la terrible aventura de una guerra civil cuando se sabia que muy débil auxilio podía esperar del proletariado de los países de los cuales depende la suerte económica de Italia, cuyos gobiernos, sobre todo el inglés, llegarían a crearle a la revolución una situación insostenible con solo negarse a permitir la explotación de carbón y el tráfico de ciertas materias primas y trigo para la península. Hoy en Italia, como en Alemania, las fuerzas de la revolución están divididas, mientras la reacción se siente más poderosa, hasta el punto de dar la impresión de que desea provocar el gran encuentro,

obligando a la clase obrera a sublevarse contra el orden constituido, con la esperanza de ahogar en sangre los impulsos tumultuosos de la rebelión proletaria.